

Albert O. Hirschman

Las pasiones y los intereses

Argumentos políticos en favor
del capitalismo previos a su triunfo

Traducción de Joan Solé

Prólogo de Amartya Sen

Epílogo de Jeremy Adelman



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Passions and the Interests: Political Arguments for Capitalism before Its Triumph*

La presente edición ha sido licenciada por los propietarios de los derechos mundiales en español y de la traducción, Capitán Swing Libros SL, por mediación de Oh!Books Agencia Literaria.

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Albert O. Hirschman, 1977
© de la traducción: Joan Solé, 2014
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-599-9
Depósito legal: M. 646-2024
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Nota a la edición, por Andrés de Francisco
- 15 Prólogo, por Amartya Sen
- 27 Prefacio a esta edición
- 31 Agradecimientos
- 35 Introducción

Primera parte. Cómo se convocó a los intereses para contrarrestar las pasiones

- 41 La idea de la gloria y su desmoronamiento
- 46 El hombre «como es en realidad»
- 49 Represión y aprovechamiento de las pasiones
- 55 El principio de la pasión compensatoria
- 68 «Interés» e «intereses» como domadores de las pasiones
- 81 El interés como nuevo paradigma
- 89 Atractivos de un mundo gobernado por el interés: predecibilidad y constancia
- 99 Actividad lucrativa y comercio: inocentes y *doux*
- 107 Actividad lucrativa como pasión calmante

Segunda parte. Cómo se esperaba que la expansión económica mejorase el orden político

- 117 Elementos de una doctrina
- 117 1. Montesquieu

Índice

- 129 2. Sir James Steuart
136 3. John Millar
144 Opiniones relacionadas pero divergentes
147 1. Los fisiócratas
151 2. Adam Smith y el final de una visión
- Tercera parte. Reflexiones sobre un episodio
de la historia intelectual
- 171 El punto en que se equivocó la visión de Montesquieu
y Steuart
185 La promesa de un mundo gobernado por el interés
frente a la ética protestante
189 Notas contemporáneas
- 195 Apéndices
197 Visiones rivales sobre la sociedad de mercado
250 El concepto de interés: del eufemismo a la tautología
- 279 Epílogo, por Jeremy Adelman

*Et il est heureux pour les hommes
d'être dans une situation où, pendant
que leurs passions leur inspirent la pensée
d'être méchants, ils ont pourtant intérêt
de ne pas l'être*

Montesquieu
De l'esprit des lois

Nota a la edición, por Andrés de Francisco

Que un libro se convierta en un clásico es cosa extraordinariamente difícil. La inmensa mayoría de libros corre una misma suerte: hundirse en el olvido apenas han visto la luz. Su destino es la fugacidad. Que un libro alcance la condición de clásico en vida del autor estrecha aún más el círculo de lo extraordinario. Es ése un placer o un orgullo reservado a muy pocos escritores: saber que su obra les sobrevivirá y será leída por generaciones muy distantes en el tiempo, ni siquiera nacidas todavía. Pero que ese libro se convierta en un clásico sin controversia, despertando tranquilamente la universal admiración entre un amplio espectro de especialistas, desde el historiador al economista o el psicólogo, desde el politólogo y el filósofo al sociólogo, eso entra ya en el orden de lo exclusivo. *Las pasiones y los intereses* es un clásico en ese triple sentido, una maravillosa *rara avis*. A los veinte años de su aparición en 1977 ya se le hacía una edición especial conmemorativa, en 2003 ganaba el premio

Benjamin E. Lippincott de la *Asociación Americana de Ciencia Política*, y hoy día ocupa su merecido lugar en la colección de clásicos de Princeton. Se trata sin duda de una obra exquisita, sutil, brillante y original, en la que un sencillo planteamiento analítico –la oposición entre pasiones e intereses– tiene un complejo desarrollo dialéctico que encierra todo tipo de sorpresas. Hirschman además maneja con económica elegancia una enorme erudición sin abrumar al lector. Y ajeno a toda verbosidad, consigue en poco más de cien lúcidas páginas, de estilo terso y cristalino, explicarnos el gran movimiento de transformación ideológica que acompaña al advenimiento del capitalismo, un movimiento que desemboca en el *paradigma de los intereses*, en el que indudablemente seguimos inmersos. En fin, un libro obligatorio.

Alberto O. Hirschman fue sin duda uno de los grandes intelectuales del siglo XX. Pero su vida no fue la típica vida contemplativa de un académico puro. Hirschman también fue un hombre de acción y de mundo, comprometido con sus ideales de justicia y dispuesto a intervenir para realizarlos. Luchó en el bando republicano durante la guerra civil española, combatió del lado francés en la Segunda Guerra Mundial y, una vez ocupada Francia por los nazis, colaboró con el Comité de Rescate de Emergencia para sacar de Francia a centenares de refugiados, entre ellos Hannah Arendt, André Breton, Marc Chagall, Max Ernst o Alma Mahler. Luego también se embarcó muy seriamente en proyectos de desarrollo en Colombia, se preocupó activamente por el progreso del Tercer Mundo, y en diversos momentos de su larga vida –murió en diciembre de 2012 a los noventa y siete años– renunció a la tranquila seguridad de

la cátedra. Huelga decir que esa experiencia práctica fue el caldo de cultivo de muchas de sus ideas más fértiles, como el principio de la mano ocultadora o *hiding hand*: una evidencia más de cómo teoría y praxis se necesitan mutuamente para la auténtica producción intelectual. La presente reedición corresponde a la edición de 1997 del vigésimo aniversario, pero aquí se completa con la inclusión en los epílogos de dos textos posteriores del autor en los que expande las tesis del libro proyectándolas sobre los siglos *XIX* y *XX*. Me refiero a «El concepto de interés: del eufemismo a la tautología» y a «Visiones rivales sobre la sociedad de mercado». Adicionalmente hemos incluido como epílogo el *afterword* de Jeremy Adelman, el gran biógrafo de Hirschman, a la reciente edición de Princeton de *Las pasiones y los intereses*. De esta forma, creemos, queda una edición más completa y cerrada.

Prólogo

Amartya Sen

Albert Hirschman es uno de los intelectuales más destacados de nuestro tiempo. Sus libros han transformado el modo como entendemos el desarrollo económico, las instituciones sociales, el comportamiento humano y la naturaleza e implicaciones de nuestras identidades, lealtades y compromisos. Describir este libro como una de las más decisivas aportaciones de Hirschman es por tanto una declaración arriesgada. Y lo es más aún porque éste es un libro –en realidad una breve monografía– sobre la historia del pensamiento económico, un asunto que recibe escasa atención y goza de un prestigio incluso menor hoy en día, y que casi ha desaparecido de los programas de Ciencias Económicas en la mayoría de las universidades más importantes de todo el mundo. *Las pasiones y los intereses* no tiene la urgencia política que pudiera presentar una contribución a las decisiones públicas (tal como ocurre en *The strategy of economic development*, del mismo Hirschman) ni la inmediatez radical

que generan las exigencias de la razón práctica (como *Exit, voice and loyalty* mostraba conspicuamente). ¿Qué hay, pues, de tan especial en este libro?

Intereses inocuos y pasiones dañinas

La respuesta reside no sólo en el reconocimiento de que Hirschman nos muestra los fundamentos ideológicos del capitalismo de manera fresca, sino también en el hecho destacable de que esta frescura deriva de ideas que cuentan con más de doscientos años de antigüedad. La hipótesis básica –cuya articulación y desarrollo investiga Hirschman– sitúa la defensa del capitalismo en la creencia de que «activaría ciertas tendencias humanas benignas a costa de ciertas otras malignas». Este modo de ver la cuestión no dejará de parecer hoy muy lejano, y es, pues, particularmente destacable que esta tesis fuera desarrollada y defendida con tanto fervor (y, dentro de su propia lógica, tan convincentemente) por los primeros adalides del capitalismo razonado. El éxito del capitalismo en el mundo contemporáneo ha sido tan total y tan ampliamente admitido, y la identificación de sus virtudes y sus males está tan establecida a estas alturas, que resulta difícil comprender que el sistema recibiera el primer apoyo intelectual de ideas muy alejadas del modo actual de entender las cosas.

La idea básica es de abrumadora simplicidad. Para usar una analogía (en una forma propia de Hollywood), considere una situación en que le persiguen fanáticos asesinos a quienes disgusta profundamente algún rasgo de usted: el color de su piel, el aspecto de su nariz, la naturaleza de su

fe o lo que sea. Cuando se abalanzan contra usted, lanza alrededor cierta cantidad de dinero y huye, y ellos se dedican por su cuenta al importante asunto de recoger los billetes. Al escapar, tal vez quede usted impresionado por la buena suerte de que los matones muestren un interés personal tan benigno, pero el analista con afán globalizador advertirá también que esto no es sino un ejemplo –un ejemplo puro y duro– del fenómeno general del aprovechamiento de una pasión violenta en favor del interés inocuo de la adquisición de riqueza. El aplauso se lo lleva el capitalismo tal como lo entendían sus defensores pioneros, que es el objeto de estudio de esta penetrante monografía.

Contraste entre la economía informativa y los incentivos

Por supuesto, los fundamentos de comportamiento del capitalismo continúan llamando la atención, y la persecución del interés propio ocupa todavía una posición central en las teorías acerca del progreso y los logros del capitalismo. Pero en estas teorías recientes, los intereses reciben un papel bastante diferente –y mucho más «positivo»– al promover una posición eficiente para los recursos a través de la *economía informativa* al tiempo que la suave acción de los *incentivos*, antes que el papel negativo del bloqueo de las pasiones dañinas.

El razonamiento de Montesquieu concerniente a su creencia de que, si bien las pasiones pueden hacer «malvada» a la gente, «ésta tiene, sin embargo, un *interés* en no serlo», movió a Hirschman a emprender esta indagación

histórica (tal como lo consigna en su nuevo prefacio). James Steuart ensalzó los «intereses» como la «brida más efectiva» contra «la locura del despotismo». Ello apunta en una dirección distinta del análisis de las motivaciones en las teorías contemporáneas de la economía de mercado y del capitalismo desenfrenado.

Vínculos contemporáneos

Sin embargo, el interés de este trabajo no estriba sólo en la iluminación histórica que proporciona. Hay muchos vínculos con las preocupaciones de hoy. Dado el terrible impacto de algunas repugnantes pasiones en el mundo contemporáneo, es desde luego importante preguntarse si el capitalismo y el instinto adquisitivo pueden ser aprovechados para apartar a la gente de un comportamiento perjudicial. No es sólo que Montesquieu, Steuart y algunos de sus coetáneos vieran el interés propio como un gran salvador; varios escritores posteriores (a menudo desconocedores de la bibliografía previa) también consideraron el interés propio como una gran vía de escape al impacto de las pasiones malvadas.

Como señala Hirschman, incluso Keynes observó que «es mejor que un hombre tiranice su cuenta bancaria que a sus conciudadanos», expresando así la esperanza de que la primera opción pudiera constituir «una alternativa» a la segunda. Hirschman tal vez sea un poco injusto con Keynes cuando comenta que después del «relato que se ha contado, es casi doloroso ver cómo Keynes recurre, en su defensa del capitalismo característicamente mesurada, a los mismos

argumentos que usaron el Dr. Johnson y otras figuras del siglo XVIII». El argumento, por supuesto, continúa siendo interesante, a pesar de su falta de novedad (como sabemos ahora gracias a Hirschman), y la posible ignorancia de Keynes de la bibliografía previa no disminuye la relevancia de su investigación.

Si el vínculo propuesto es operativo proporcionará con seguridad una importante justificación del capitalismo, que será sustancialmente distinta de la que proviene de la Teoría del Equilibrio General y estructuras relacionadas con su hincapié en las preferencias «dadas» y el aislamiento de los asuntos económicos respecto de otras motivaciones. En realidad, Hirschman ha seguido maravillosamente y con mayor alcance esta línea de razonamiento en su *Rival views of market society*. Por supuesto, es difícil entender que la proporción del logro de beneficios y su inclusión en el mercado pueda ser un método general de suprimir el abuso fundamentalista y las pasiones dañinas (por ejemplo, es improbable que alguna solución inmediata a los problemas en Bosnia o Ruanda o Burundi pueda surgir de la promoción del interés económico propio), pero existe un posible vínculo en este punto que no puede ser totalmente ignorado, especialmente a largo plazo.

Los vínculos empíricos distan de ser simples y claramente remisibles a las circunstancias. Hay cierta sensatez en la idea de que la persecución interesada del intercambio y el comercio –acompañada de documentos de venta– no suele coincidir con la persecución apasionada de enemigos declarados, acompañada de machetes y otras armas de asalto. Y sin embargo, dadas las circunstancias apropiadas, una mafia puede combinar por la fuerza la consecución de dinero

con la violencia y la brutalidad. Los vínculos empíricos son sin duda complejos, y las características condicionadas por las circunstancias necesitan una demostración más desarrollada.

Interés propio como única motivación

Otro vínculo contemporáneo atañe a la naturaleza efímera de los supuestos de comportamiento en la teoría económica. El hecho de que una teoría que parecía tan convincente y natural a los primeros defensores del capitalismo se muestre tan remota –incluso extraña– hoy en día nos hace recelar de los supuestos de comportamiento que parecen convincentes y naturales a los teóricos contemporáneos. La corriente principal de la teoría económica hace abundante uso del supuesto de la persecución vehemente del interés propio. Algunos resultados específicos, incluidos los teoremas centrales de Arrow-Debreu sobre la eficiencia y la optimización de Pareto del equilibrio competitivo, se basan en el desdén de cualesquiera «aspectos externos» (incluyendo el altruismo), salvo en ciertas formas extremadamente restringidas. Incluso cuando se admite el altruismo (como, por ejemplo, en el modelo de Gary Becker de la asignación racional), se da por supuesto que las acciones altruistas se emprenden porque favorecen los intereses propios de cada persona; hay ventajas personales en la misma riqueza del altruista, gracias a la benevolencia hacia los demás. No se da papel alguno a ningún sentido de compromiso relacionado con las buenas acciones o la persecución de algún objeto de forma desinteresada. Todo ello deja al margen, por

una parte, las pasiones malvadas que los primeros teóricos del capitalismo opusieron al interés propio y, por otra, los compromisos sociales que Kant analizó en la *Crítica de la razón práctica* y que Adam Smith discutió en la *Teoría de los sentimientos morales*.

Como Hirschman ha observado en otro sitio, hay abundantes pruebas contra tales teorías «mezquinas», y ciertos indicios de que el balance entre nuestros intereses privados y las cuestiones públicas puede haber mostrado –posiblemente de modo cíclico– variaciones a lo largo del tiempo. Su *Shifting involvements* bosqueja un análisis de la riqueza de tal comportamiento económico y social. No es éste el momento de emprender un estudio más pormenorizado de estos importantes aspectos, pero es cierto que se relacionan con otros trabajos de Hirschman. Sin embargo, la muerte de una teoría más antigua sobre los fundamentos de comportamiento del capitalismo (que se discute en este volumen), defendida con el mismo fervor con que se defienden ahora los supuestos actuales, hace recomendable cierta cautela general acerca de las modas que dominan la corriente principal del pensamiento, a menudo efímeramente.

El papel de la cultura

De hecho, sólo cuando la corriente principal de la teoría económica contemporánea se ha apuntalado en el presupuesto de la mera persecución del interés propio, han surgido en el mundo práctico de los negocios y la política ciertas declaraciones relacionadas con la cultura acerca de los

complementos motivacionales del capitalismo. Por ejemplo, en el este de Asia se han pronunciado declaraciones contundentes acerca de la contribución del respeto por «el orden», «la disciplina» y «la fidelidad» (según se dice, incluidos en los «valores asiáticos») a la hora de propiciar el éxito del capitalismo. Los ejemplos, que comenzaron en Japón, se extendieron a los cuatro «tigres», y después al creciente furgón de cola de las emergentes economías de Asia. Las recientes atribuciones a la ética de Confucio, la cultura samurái y otras variantes motivacionales han hecho que la «ética protestante» de Max Weber parezca la cavilación vacilante de un atleta retirado.

Algunos de los nuevos teóricos han advertido también que la necesidad del orden requiere gobiernos autoritarios (y acaso la suspensión de los derechos humanos), y tal enfoque propicia inmediatamente la comparación y contraste con las ideas acerca de las cuales escribe Hirschman. Por ejemplo, la explícita crítica de Steuart de la «locura del despotismo» proporciona un buen punto de partida para un debate contemporáneo. Mientras que el tratado de Hirschman se ciñe por entero al pensamiento europeo, su objeto de estudio es, en este preciso instante, de gran interés en aquella parte del mundo que trata de establecer su candidatura a ser el centro del nuevo capitalismo.

Personalmente, observo con un enorme escepticismo las teorías que ensalzan las maravillas de los «valores asiáticos». A menudo se fundan en generalizaciones mal establecidas y frecuentemente las pronuncian portavoces del gobierno para rebatir acusaciones de autoritarismo y violaciones de los derechos humanos (tal como ocurrió, tan espectacularmente, en la Conferencia Mundial de los

Derechos Humanos de Viena, en 1993). Pero el asunto genérico de los antecedentes culturales del comportamiento, muy cercano a las ideas de las tradiciones intelectuales europeas que estudia Hirschman, hace que éste sea un campo adecuado para la investigación seria (incluso después de que las reivindicaciones más encendidas sobre los «valores asiáticos» hayan mostrado fundamentos equivocados). La naturaleza y el alcance de la «Ilustración europea» y sus reivindicaciones generales en nombre de la humanidad –otro aspecto analizado por Hirschman– también están directamente implicados. Éste es un territorio fértil, en el que muchos estudiosos no necesariamente economistas –historiadores, críticos literarios, antropólogos, sociólogos, psicólogos y otros– hallarán muchos elementos interesantes.

Los economistas suelen escribir para sus colegas, pero los estudios de Hirschman son particularmente especiales por su importancia más allá de las fronteras disciplinares. Este libro, como muchos otros escritos de su autor, trata aspectos que atañen a diversos campos, y este hecho, combinado con los convincentes argumentos y el lúcido estilo de Hirschman, hace que este volumen tenga un atractivo considerable. Por ejemplo, cuando Hirschman comenta el razonamiento de que el capitalismo «inhibe el desarrollo de la plena personalidad humana» y observa el hecho desde luego relevante de que esto es precisamente «lo que se suponía que conseguiría el capitalismo» (según los autores estudiados aquí), ofrece un análisis de interés general para varias disciplinas al margen de la economía.

Consecuencias no buscadas e intenciones no realizadas

El tema fundamental de este trabajo también linda con un interés común en el autoconocimiento: ¿Cómo hemos llegado exactamente a donde ahora estamos? La iluminación que ofrece este libro es, en ciertos aspectos, comparable a un descubrimiento personal e íntimo, como si se reunieran los pensamientos olvidados de la primera infancia, cuando uno acababa de tomar la firme resolución de no conducir jamás ningún automóvil, pero hay algo más que puede tener una lábil conexión con lo que en realidad ha pasado. Las ideas que se recogen aquí tuvieron una incidencia notable en la justificación del sistema del capitalismo cuando este estaba en ciernes (invocando la fuerza del interés propio benigno), y, aun cuando las cosas no fueron tal como estaba previsto, las ideas influyeron en lo que pasó. Ésta es la realidad fundamental de un mundo imaginado que contribuyó a crear el mundo real en que ahora vivimos.

Incluso al margen del alcance del objeto de estudio específico de este libro, existe un amplio interés general en la relación entre las expectativas que promueven y sustentan cambios importantes y profundos sin que en realidad conduzcan a la realización de estas esperanzas. A diferencia del interés de Smith y Menger y la fascinación de Hayek por los «efectos no buscados pero realizados», Hirschman muestra la fuerza y la influencia de los «efectos buscados pero no realizados». Los segundos son tal vez menos evidentes que los primeros (puesto que los efectos no realizados no existen y no son evidentes), pero la influencia de estas esperanzas no realizadas sobrevive con plena vigencia hoy en día.

Puestos a elegir, yo señalaría que la de Hirschman es la más interesante de las dos comparaciones. Que ciertos efectos de nuestras acciones carezcan de intencionalidad puede, o no, ser muy relevante en un mundo interdependiente. Nuestras acciones tienden a presentar muchos efectos diferentes, y sólo algunos de éstos tuvieron que ver con nosotros inicialmente. Por tomar un ejemplo sencillo, cuando salgo de casa para comprar el diario me ven muchos desconocidos. Pero ofrecer mi apariencia a gente desconocida no fue en absoluto la razón que me movió a salir (yo sólo quería comprar el diario); es un efecto no buscado pero realizado. El gran alboroto suscitado en torno a los «efectos no buscados de las acciones» tal vez sea un poco artificial en algunos casos.

En cambio, los efectos buscados tuvieron una indudable importancia en las acciones que se emprendieron con vistas, precisamente, a realizar tales intenciones. Así, la no culminación de tales efectos buscados es un auténtico punto de partida de lo que se esperaba, y es por tanto mucho más interesante. Si bien el contraste que Hirschman analiza puede parecer una variación del antiguo acerca de los «efectos no buscados», en verdad tiene un verdadero interés en sí mismo, y en última instancia puede ser más extraordinario e influyente que la supuesta adivinanza que hicieron famosa Smith, Menger, Hayek y otros.

Una palabra final

En este prólogo he tratado de mostrar algunas de las razones que permiten declarar que este libro no sólo es una